

*Biblioteca
de bolsillo*

Geoffrey Homes

**Un Cadaver
a la Deriva**

**NOVELAS
POLICIALES**

TEXTOS COMPLETOS

La agencia de detectives Morgan & Campbell se traslada a Joaquín (California) y su primer trabajo será encontrar a un famoso pianista, Joe Borden, que está en paradero desconocido. El caso parece sencillo, y realmente lo es, pero al poco muere su suegra Gertrude Ellen Peck y con ello se van a ver complicados en una turbulencia de intereses locales en los que no son ajenas las elecciones a la alcaldía próximas a celebrarse.

A Sally

Personajes

OSCAR MORGAN, jefe de Morgan & Campbell, agencia de detectives.

GERTRUDE ELLEN PECK, propietaria del periódico News, de Joaquín.

IRENE PECK, su hija, esposa de Joe Borden.

JOE BORDEN, pianista.

ROLFE, hijo de Joe Borden.

JOSEPHINE BORDEN, madre de Joe Borden.

MARY OTIS, ex representante artística de Joe Borden.

ROBBIE VANCE, secretaria de Morgan & Campbell.

EDMUND SWETT, secretario de Mrs. Peck.

DON SKEEL, director de la estación de radio del News.

T. ELLIOT PRICE, alcalde de Joaquín.

AL SELBORNE, jefe de policía de Joaquín.

LOU AMBERS, sheriff de Joaquín.

CHARLES HYATT, fiscal de distrito de Joaquín.

FRANK A. BEAUMONT, candidato a alcalde.

MAX HILTON, periodista del Recorder, de San Francisco.

ALLISON JONES, pájaro de cuenta.

WILLIAM CHAPMAN, *abogado.*

NIEMEYER, *detective.*

LEM ADAMS, *jefe de boy-scouts.*

MISS TOPHAM, *comandante de girl-scouts.*

JIM POLEN, *empleado de una estación de servicio.*

HUMPHREY CAMPBELL, *que resuelve el problema.*

La acción en Joaquín, localidad de
California.

Época actual.

Capítulo I

Algo arriba en el río oíase el rasgueo de una guitarra, y un hombre, cantando quedamente, lanzaba al viento las estrofas de «Sam Hall». Se veía en el cielo una luna fantasmal y la profusa pedrería de las constelaciones; abajo el río se deslizaba mansamente. Terminaba abril, y las nieves de la sierra se derretían y el viento de las colinas traía las emanaciones de los pinares.

Suave la brisa, pensó la muchacha. Tan suave, que daba la impresión de un roce de terciopelo. Así, ensimismada, juntas las manos para mantener sujetas las piernas desnudas, el mentón sobre las rodillas, mirando y oyendo todo lo que venía del río. Más arriba del puente había anclada una barca, sobre cuya cubierta ardía un pequeño fuego; junto a él se alzaba la corpulenta figura del cantor. Su voz, profunda y bien timbrada, daba tierna expresión al viejo canto triste que habla de presidio... Desde que llegara, diez minutos antes, a la orilla de arena cálida al abrigo de los sauces y álamos, la muchacha estuvo pensando quién sería el que pulsaba las cuerdas con tanta destreza y gusto. Extasiada, aplicaba el oído.

De pronto se incorporó, extendió su flexible silueta, arrojose a las frías aguas y nadó graciosa y vigorosamente hacia la barca, dejando que la corriente la meciera hacia un lado y otro. Minutos después, sus dedos se prendían de la popa de la embarcación, alzose y quedó suspendida. Ajeno a su presencia, el hombre le daba la espalda.

—¡Eh, de la barca! —gritó, risueña, la joven.

El hombre cesó de cantar, volvióse y, con la guitarra sobre las rodillas, la contempló asombrado.

—Se ha olvidado un verso —dijo la visitante—, el verso que habla del predicador.

El hombre sonrió. Era joven, corpulento y estaba vestido con pantalón y camisa de marinero; sus pies eran grandes y estaban descalzos. La mano que se apoyaba sobre la guitarra, era grande también. La otra no se veía.

—Tengo frío —dijo la muchacha—. ¿Puedo subir a cubierta?

—Sin duda; ¿me enseñará ese verso?

—Cuando mis dientes hayan cesado de castañetear.

El hombre púsose de pie elevándose sobre ella, en el rústico refugio de popa, y se inclinó hacia adelante para tratar de ayudarla. El brazo poderoso se arqueó y, sin gran esfuerzo, logró colocarla en la embarcación, quedando ambos en contemplación mutua.

—¡Gracias! —dijo ella, y se acurrucó junto al fuego. Se quitó el casquete de baño y sacudió sus cabellos para apartarlos de sus ojos; con el fulgor de las llamas adquirieron un tinte casi rojo.

—Le debo parecer un pato —susurró la mujer.

—Aguarde —indicó él, y descendió a su rústica cabina, de la que volvió con una chaqueta que le arrojó—. No es que me disguste mirarla. Todo lo contrario; es digna de que la miren. Siempre debiera usar traje de baño.

—Usted se adelanta —repuso ella—. Soy una buena chica, trabajadora y de buen carácter. Me llamo Robbie Vance, y no hablo con desconocidos.

—Yo no soy uno de ellos —insinuó él.

—¿Cómo se llama usted?

—Joe —contestó el hombre.

—¿Joe, a secas?

—Exactamente... Y, ahora: ¿cómo reza el verso que omití?

—No sé entonar una canción. Yo diré las palabras y usted las cantará.

El hombre se aprestó con la guitarra pulsando el bordón que adquiriría virilidades de acento humano.

—Viene a continuación del primer verso —explicó la muchacha—; después del primer «Dios maldiga sus ojos...» De este modo:

*El predicador ha venido,
El predicador vino ya;
¡Triste cantó, y abatido,
Del reino que vendrá!*

—Es solemne y tierno —dijo la recitadora—. ¿No le inspira emoción?

—Soy muy religioso —observó él, sombrío—. Sólo puedo cantar con fervor mi credo; no el de los otros. Sin duda es por eso que no lo aprendí. Siga recitando.

*«Y al hablar del nuevo reino
Dios lo hizo enceguecer...»*

—Esto es lo que faltaba; cántelo ahora.

Él se sentó de nuevo, puso a tono el instrumento y el canto empezó a brotar de las cuerdas y de la garganta, ennoblecido por el silencio de la noche. La guitarra, en esta serenata de depurada ejecución, no era un instrumento cualquiera. Ella notó que su mano derecha estaba rígida, cual si fuese de madera, y cubierta por un guante. Entonces, supo el porqué. Nerviosamente, llevose un dedo a la boca.

Joe dejó de tocar y apartó la guitarra con impaciencia.

—Basta ya —dijo mohíno—; si yo puedo soportarlo, usted también.

Disipado el hechizo, Robbie exclamó:

—Es muy hermoso. Canta usted admirablemente. —Y lo miró absorta, muy extrañada de que un hombre de apa-

riencia tan humilde, cantara con gusto y arte supremos.

—No me refería a la música —explicó él—, sino a la mano. Esto, después del hachazo que me la mutiló, ya no es mano. Por eso la llevo enguantada; para evitarme su vista, que se me hace oprobiosa.

—¡Oh! —gimió la visitante con dolor.

—Sí; fue un hachazo limpio, que me seccionó todas las falanges y sólo me dejó con un par de muñones, con los cuales puedo aún pulsar las cuerdas de algún instrumento. La desgracia me causó un pesar indecible. Gemí y lloré con desesperación. Esa mano era mi vida, mi gloria; la amaba como a mí mismo. Luego, me hice filósofo, y pensé que lo que había perdido era relativamente poco, muy poco.

Robbie extendió sus manos al fuego y las restregó amorosamente, mirándolas con fijeza.

—Necesito las mías. Sin ellas no podría vivir.

—Lo mismo pensaba yo.

—Pero usted no es taquígrafo.

—No.

—Yo sí. Por eso estoy en este pueblo, festejando un suceso. Mañana comenzar a trabajar. Es mi primer empleo.

—¿Allá arriba? —y señalo con la mano sana el haz de luces que chispeaban en el pueblecito de Pollasky, al pie de la colina, aguas arriba.

—No, en Joaquín.

—¿Qué clase de empleo?

—Detective particular.

—Muéstreme la chapa.

La joven se echó a reír. Era una risa franca, alegre, que daba realce a su garganta provocativa.

—La detective no soy yo. Solamente secretaria de un detective. Abrió la oficina en Joaquín hace poco.

—No me gusta esa clase de gente.

—Es un buen sujeto —prosiguió la muchacha—. Se llama Humphrey Campbell, es bonachón y parece algo grue-

so, pero no lo es. Él, por lo menos, dice que no lo es. No lo he palpado para cerciorarme.

—No lo haga; puede prestarse a error.

—Puede ser.

—¡Secretaria de un detective privado! —Joe murmuró—. Esto se vuelve demasiado privado... ¿Cree que vale algo el tal Campbell?

—¿Necesita usted algún detective?

—Por ahora, no. Puede ser más tarde.

—Yo le tengo por muy hábil y útil —Robbie contestó—. No me parece jactancioso. Su socio es todo lo contrario. Es un hombre gordo, llamado Oscar Morgan, bastante dado a la bebida. Este socio pretende que la firma Morgan & Campbell es la mejor agencia policial del mundo. Asegura también que es la única honrada en existencia.

—¿Vive usted en Joaquín?

La joven asintió.

—Extraño. No me explico cómo hay quien quiera vivir en Joaquín.

—A mí me gusta —dijo la muchacha.

—Es ruin, es chato y es cálido como una hornalla —opinó él.

—Los árboles son hermosos.

—En cualquier parte los hay más bellos.

—Parece que conoce el lugar.

—¡Sí, lo conozco!... —rehuyó explicaciones, y preguntó—: ¿Vive sola? —aguardó la respuesta, esperanzado.

—Muy acompañada.

—¿Familia numerosa?

—En casa de pensión.

—¿Tiene parientes?

—Ni uno solo.

—Mujer afortunada —suspiró él.

—No tanto como parece —agregó ella, mirando pensativa el fuego; la rejilla de acero estaba al rojo vivo bajo las brasas.

—Usted ignora cuánta es su suerte —el hombre musitó—. Yo no.

—Me gustaría la vida en familia.

—A mí también me gustaba.

—¿Era muy numerosa su familia?

Joe prorrumpió en una risotada amarga. Acarició las cuerdas de la guitarra y les arrancó un rasgueo burlón. Robbie, que sentía redoblar su interés hacia el hombre, preguntó:

—¿Por qué vive aquí?

—Aquí o en otro lado, lo mismo da —luego, señalando el paisaje imponente del río—: ¿Adónde mejor que aquí?

—Pero... ¿cómo hace para...?

—¿... para ganarme el sustento? El oro, amiguita; en el lecho de este río hay oro. No mucho. Extraigo barro y arena del fondo y los paso por el tamiz. Así consigo algunos dólares, que son para mí una fortuna.

—No sé, pero me parece que... —no terminó la frase, absorta en la contemplación de su mano derecha.

—¿Le parece qué?

—Nada.

—¿Que un hombre fuerte como yo, podría ocuparse de algo mejor? ¿De algo más importante que levantar fango del fondo del río? No, Robbie. No es a causa de la mano. Es el sentimiento. El alma necesita la calma, y el río que se desliza, y la noche. La contemplación de las estrellas y los bellos crepúsculos, es un bálsamo para las torturas de la mente.

—Sí; suele suceder esto —dijo ella, quedamente, mirando a lo alto. La barca se balanceaba suavemente y el fuego lanzaba un chisporroteo alentador; en algún lugar cercano se oyó el graznido de un halcón nocturno.

—Mi alma estaba enferma —prosiguió Joe, cual si hablara consigo mismo—; hastiada, herida y enferma. Sólo oscuridad había en ella.

—¿A causa de la mano?

—Un poco por eso. A causa también de... muchas otras cosas.

—¿Y ha podido así renunciar a la vida?

—Sí —contestó él—. Uno puede estarse aquí, escuchar el murmullo del río, y mirar las estrellas; cerrar los ojos, y los oídos, a la vida. Luego, la perspectiva vuelve. ¿Dificultades?... ¡Qué importan, con el mundo que marcha a hundirse!

—No —dijo ella—, el mundo no se hundirá; me niego a declinar las esperanzas que tengo en él.

—¿Cree en la existencia del bien?

—Sí, creo —afirmó rotundamente la mujer.

—¿Que los buenos triunfan?

—No tengo la menor duda. Por encima de lo malo que usted ha visto, hay muchísimas personas que son modelos de virtud y bondad.

—¿Que siempre se verán recompensados, a pesar de la ruindad de los hombres?

—Sin duda alguna, hombre de Dios.

—Yo creo en la noche —dijo Joe—, creo en el río, y en los cerros, y en las estrellas. También en la luna. Pero no creo en los hombres. No estoy amargado, sin embargo; hace tiempo que dejé de estarlo. Ahora me considero parte del reino vegetal, Robbie, y hasta, si quiere, del reino mineral. He renunciado al mundo de los humanos.

—¡Oh, no! Eso imagina usted.

—No es imaginación.

—Por algún tiempo, quizá.

—No.

—Déjese de quimeras —protestó la joven—. La corriente de la vida lo arrastrará de nuevo; nuevos hechos lo arrancarán de aquí. Téngalo por seguro, Joe. Algo pasará... — en aquel momento una estrella cruzó el firmamento y se desvaneció—. Como esa estrella.

—Dios no lo quiera —dijo él, medroso—. Usted es joven, Robbie.

—También lo es usted.

—Menos de lo que supone.

—Surge el amor y todo cambia —comentó ella, pensativa—. Cuando él aparezca, lo transfigurará a usted, y se volverá a sentir joven.

—Le dije que he renunciado al reino animal. Las rocas y los repollos no pueden amar.

—¿Era ella muy hermosa? —inquirió la joven, incorporándose, con una sonrisa; él no contestó y sólo dejó oír otro rasgueo de la guitarra—. La causa de su desilusión... fue ella, ¿verdad, Joe?

—¡Oh, déjese de escudriñar!

—Ya ve usted que lo sé —observó ella, menos jubilosa—. Yo he pasado por lo mismo y conozco los síntomas. El alma afligida, el ansia de soledad, el afán de ser un vegetal, cualquier cosa sin sentimientos. La identificación con los campos y los cielos que nos hablan de paz, pero que no modifican nuestros sentimientos. Es así como nos sentimos todos, cuando pasamos por esas decepciones. Es por eso que mañana comenzaré a trabajar, por eso esta noche he venido aquí.

—Sí..., era hermosa —confesó él—, y todavía lo es. Pero, como lo de la mano, sólo es una parte de mi pesar.

—¿Lo cree así?

—Lo creo y lo es —su tono hízose ahora menos sombrío—. Además, está mi suegra.

—¡Oh! —exclamó la joven.

—Mejor dicho, la que fue mi suegra.

Robbie extendió la ropa sobre la cubierta y se acostó, pensativa. El otro echó leña al fuego, observó las llamas y las sombras sobre el cuerpo de la muchacha.

—Yo era casada, también —susurró ella, como hablando al cielo—. Pero no nos entendíamos. ¿Suele ser siempre así... el matrimonio?

—Sí, supongo que sí.

—No debiera ser así, ¿verdad, Joe?

—No soy filósofo.

—Sin embargo, la vida es bella, ¿verdad? Siempre permite que nos sobrepongamos al infortunio.

—¿De veras?

—A mí, sí, nunca me dejé vencer por la adversidad.

—No es posible sobreponerse —refutó él—. Los pesares nos abruman por más que los ahuyentemos. Procuramos alejarlos, pero siempre están presentes. Si uno no está alerta, vuelven, tarde o temprano, a herirle.

Volvió a acariciar las cuerdas de la guitarra. Robbie conocía el motivo. Lo tenía en un disco, grabado por Carl Sandburg. Tenía por título, «Lamento del cowboy». Tendida en la cubierta de la barca, con el cielo desplegado a su vista, y el humo de la fogata que la brisa aventaba en torno, le pareció la melodía, más bella que nunca. Las quejas y porfías del cowboy eran cantadas con la expresión diestra de una garganta que, por recelar de las retóricas verbales, acudía al gemido, al suspiro, al llanto sin afeminamiento ni teatralidades. En aquel momento, Robbie hubiese querido cantar. Se preguntaba si a él le molestaría que ella cantara, muy suavemente; tenía la canción en su mente; si la cantara, quizá no estaría bien entonada, pero en el fondo de su alma ella sabría que estaba bien. Con dolor punzante, recordó cómo Harry habíale gritado: «¡En el nombre de Cristo, termina con ese alboroto!». ¿Olvidado? Sí, casi del todo. Se incorporó, súbitamente.

—Ya es hora de que me vaya. Mañana seré una mujer que trabaja. ¡Muchas gracias por su hospitalidad!

—¡Un espíritu de las aguas! —dijo Joe, dejando de tocar y señalando al río—. ¡Vuelva a su elemento, entonces!

—¡Buenas noches!

—¡Buenas noches! Ya sabe el camino para volver... No lo olvide.

—Conozco el camino —murmuró la joven, saltó y zambullóse en el agua.

Cuando llegó a la orilla donde había dejado el auto, volvióse y prestó oído. No se oía rumor alguno. Alcanzaba a ver el resplandor de la llama, indicadora del lugar donde la embarcación estaba anclada, pero nada veía del hombre que decía llamarse Joe... a secas. Temblando de frío, recogió el vestido que había dejado en la orilla, y se cubrió rápidamente. Subió veloz al coche, y se alejó.